Maurice Zundel (1897-1975) y la vida monástica¹

Sería una ingratitud de nuestra parte no aportar alguna contribución y un homenaje lleno de afectuoso reconocimiento hacia aquel de quien todos los amigos -nosotros lo somos- celebran este año [1997] el 100^{mo} aniversario del nacimiento

En el mundo de la espiritualidad cristiana, Maurice Zundel es ya un gran nombre²: un nombre que se cuenta entre los más grandes maestros espirituales de nuestro tiempo y, para nosotros que somos naturalmente más sensibles, en el campo de la espiritualidad monástica en particular. Ya que estos son el objeto y el objetivo de nuestra revista, es hacia ese aspecto de su enseñanza que queremos mirar hoy.

Maurice Zundel tenía 16 años cuando conoció la vida monástica, en el colegio de la abadía de Einsiedeln (Suiza). Durante dos años de estudios, pudo hacer la experiencia del silencio, de la oración y de la belleza litúrgicas: valores que lo impregnaron profundamente y pasaron a sus obras. La adhesión a los valores de la Regla benedictina fue ratificada por la oblación que pronunció y que fue sellada con el nombre de «Hermano Benito». El «camino benedictino» será de allí en más uno de los componentes de su doctrina espiritual.

Ordenado sacerdote en 1929, para la diócesis de Genève-Fribourg-Lausanne [Suiza], incomprendido por la autoridad diocesana, asumió entonces el ministerio de capellán de las Benedictinas de la calle Monsieur, en

Traducido de: Collectanea Cisterciensia 59 (1997), pp. 167-196. La versión castellana la realizó el Hno. Juan Groverman, ocso (Abadía Nuestra Señora de los Ángeles, Azul, Argentina). [La primera parte de este art. ha sido tomada de la editorial de dicha revista, su traducción nos ha parecido necesaria a fin de presentar al P. Zundel a nuestros lectores y las circunstancias en que fueron publicadas las páginas aquí traducidas. N. de la R].

² Testigo de ello es el hermoso art. de Marc DONZÉ, Zundel (Maurice), prêtre, 1897-1975, en Dictionnaire de Spiritualité XVI (1994), cols. 1665-1669. Este artículo presenta una síntesis de la vida, las obras y el itinerario de M. Zundel. Escrito por el mejor especialista, lo recomendamos vivamente.

París³. Los dones y talentos, que el Señor le había confiado, no quedaron infructuosos, ni pasaron desapercibidos. Fue entonces que se formó alrededor de él un círculo de amigos entrañables y fieles: entre los que se hallaba Mons. J. B. Montini, el futuro papa Pablo VI, quien en 1972 le pedirá predicar el Retiro en el Vaticano.

Los acontecimientos de su vida contribuyeron a ampliarr y profundizar su visión y su práctica de la vida contemplativa. Los años de la guerra (1939-1945) lo sorprèndieron como capellán del Carmelo de Matarieh (Egipto). Fue allí que trabó amistad con Louis Massignon, de ella brotará, gracias a una intensa frecuentación del Islam, una comprensión renovada y fecunda del lugar del Misterio trinitario en la vida cristiana. Será, en adelante, uno de los polos mayores de su experiencia y de su enseñanza espirituales.

Oblato benedictino, capellán de monjas benedictinas y carmelitas, su influencia -por sus publicaciones y gracias a una intensa actividad de predicación de retiros- se extenderá muy rápido en el mundo de los contemplativos y de las contemplativas, francófonos/as al menos, incluidos Canáda y Próximo Oriente. Pronto sus escritos llegaron a ser -y siguen siendo- «clásicos» de teología espiritual: basta con consultar las fichas de nuestras bibliotecas y scriptoria en la letra Z, para percibir la influencia duradera de Maurice Zundel en nuestros monasterios; ya sea para la lectio divina, para las lecturas de Cuaresma, para las lecturas espirituales o la profundización teológica..., el número y la frecuencia de los lectores y de las obras utilizadas son siempre impresionantes⁴.

Por eso, en este aniversario, por un favor especial de la Asociación de Amigos de M. Zundel, propietaria de todos los textos dejados por su autor, hemos obtenido la autorización para publicar las tres últimas conferencias inéditas- del retiro que predicó en la abadía de Mont-des-Cats (Godewaersvelde, Francia), en el mes de diciembre de 1971⁵.

Los lectores sabrán apreciar los textos que les ofrecemos aquí, y compartirán sin ninguna duda nuestra gratitud hacia Maurice Zundel y la Asociación que asegura la continuidad de su presencia entre nosotros.

COLLECTANEA CISTERCIENSIA

³ La abadía de las Benedictinas de la calle Monsieur, en París (Saint-Louis-du-Temple), se encuentra ahora en el departamento de Essone, en la siguiente dirección: Abbaye de Limon; 91430 Vauhallan. Francia.

⁴ [Por el contrario, en nuestras latitudes Maurice Zundel es casi un desconocido. N. de la R.].

⁵ Por pedido de los responsables de las publicaciones de las obras de M. Zundel, hemos efectuado algunas correcciones, para adecuar el texto al estilo escrito, conservando sin embargo su carácter oral y directo.

En un libro de un exquisito sabor, Dom Morin trató el ideal monástico⁷. Ustedes conocen probablemente este librillo donde muestra que la vida cristiana de la Iglesia naciente es la norma y el ideal de la vida monástica.

En el fondo, el monasterio, es la reproducción de lo que podía realizar la Iglesia naciente cuando estaba en todo su fervor, cuando era verdaderamente dada a la oración asidua, cuando vivía en una caridad intensa, cuando todos los bienes eran puestos en común. Sin duda este retrato idealizado de la Iglesia naciente tal vez no es del todo conforme con la Historia, pero los rasgos principales, que de hecho marcaban los principios de la Iglesia naciente, deben encontrarse perfectamente, según Dom Morin, en la vida monástica que no es otra cosa que la vida cristiana vivida en plenitud. Esto es sin duda verdadero, pero hay que agregar un rasgo que es capital: la vida monástica es una vida consagrada, quiero decir una vida que responde a una misión eclesial; y este rasgo es absolutamente capital: la vida monástica es una de las formas de la misión eclesial.

Esto significa que la vida cristiana en el monasterio es una vida apostólica, una vida donde cada monje es «enviado» -y enviado al mundo enterocon la misión, precisamente, de realizar la vida cristiana integral. El monje no tiene otro medio de apostolado. No tiene que predicar, no tiene que enseñar, no tiene que catequizar, no tiene que difundir el Evangelio sino viviéndolo. Y el hecho de que esta vida corresponde a una misión eclesial, es que toda la vida es una vida «enviada», que toda la vida es una vida apostólica. No existen sólo pues, las preocupaciones de la perfección personal -no me atrevería a decir la preocupación de su propia salvación- todo esto está superado en esta preocupación de comunicar la Vida Divina en la plenitud-de la vida cristiana.

En la Iglesia de hoy, esta misión de la vida monástica toma un relieve único puesto que, en la contestación que reina por doquier, en el desconcierto que se apodera de tantas almas, en la incertidumbre, en el escándalo, en las salidas, en los casamientos de los sacerdotes, en el cuestionamiento de los dogmas más venerables y más sagrados, es de una absoluta necesidad que la vida cristiana tenga una referencia, que sepa lo que significa verdaderamente el Evangelio cuando está totalmente asumido.

Naturalmente esto supone, esto exige que haya en la vida monástica una toma de conciencia, siempre más profunda, del Dios que se revela en Jesu-

⁶ Aquí comienza el texto de las conferencias del retiro predicado en la abadía de Mont-des-Cats. Todas las notas que siguen, excepto la 9 y la 16, son de la redacción de Coll. Cist.

⁷ Dom G. MORIN, L'idéal monastique et la vie chrétienne des premiers jours, coll. "Pax" vol. 3, Abbaye de Maredsous et Beauchesne, Paris, 1912.

cristo. Puesto que el desconcierto viene precisamente del hecho de que no hemos entendido la inmensa novedad del Evangelio, no nos hemos dado cuenta de que el Nuevo Testamento es una novedad infinita. ¿Por qué?, porque justamente, nos conduce a un monoteísmo trinitario, que es profundamente diferente de un monoteísmo unitario; porque en la revelación de la Trinidad, se da la revelación de la santidad, la más espiritual, la más interior: que es la Caridad Divina; que resulta precisamente de este hecho que Dios sólo domina su ser comunicándolo, y que el personalismo divino es un altruismo eterno.

Durante estos días hemos podido darnos cuenta de que en cada etapa volvemos a encontrar este Rostro de Dios y de que todo se ilumina en su irradiación. Ningún problema humano encuentra su solución, si no alcanzamos a descubrir el camino de la libertad. Se trata de la libertad en todas partes. Es como una «torta de crema»: cada uno habla de libertad, entonces, cada uno quiere «romper la casita», cada uno quiere «romper los moldes»; y después ¿qué? Esto no conduce a nada, sino a un desorden ¡a la anarquía, al pulular de los instintos, al desborde de las costumbres! Nadie pudo mostrarnos el camino de la libertad, sino Jesucristo, precisamente porque Jesucristo nos revela la libertad que es Dios.

Fue necesario, por supuesto, siglos y siglos para darse cuenta de que es así, por la razón -de la cual nadie es culpable-, de que hubo constantemente una mezcla inevitable, y tal vez necesaria, entre una religión colectiva y una religión personal. Hemos observado constantemente que la religión es en primer lugar, como la moral, un fenómeno colectivo y que una colectividad como tal, no puede tener un Dios interior.

Así Bossuet -¡y Dios sabe que Bossuet era un contemplativo!- escribió en sus *Elevaciones sobre los misterios*⁸ cosas de las más admirables, tuvo el sentido de la poesía de Dios, amó a Dios inmensamente, escuchó la música del Verbo. Pero no supo desprenderse de la sociedad en la cual vivía, no pudo impedirse de ver en el rey Luis XIV, de alguna manera, la delegación de Dios que justificaba el poder absoluto que se otorgaba al monarca..., en fin... que se le reconocía.

* * *

Y veía a Luis XIV siempre coronado, hasta en el cielo, marcado por su vocación real, tal vez porque no había percibido, como nosotros estamos en condición de hacerlo en el desconcierto en que nos encontramos, que debe-

^{*} J.-B. BOSSUET, Élévations à Dieu sur tous les Mystères de la Religion Chrétienne, dans Oeuvres Complètes, éd. F. LACHAT, Louis Vivès, Paris, 1862.

mos ir a lo esencial y a la raíz de la dignidad humana. Él no podía percibir a Dios como Libertad.

Nosotros, que llegamos después de todas las revoluciones en las cuales se trataba constantemente de liberar al hombre, vemos que ninguna logró liberarlo, y menos que ninguna, lo logrará la anarquía, hacia la cual hoy se nos quiere precipitar. Y por eso para nosotros nada es más precioso, sino el encuentro en el corazón de la Trinidad, de una libertad que es una liberación, de una libertad que es la más formidable exigencia de amor que existe, puesto que se trata de ser liberado de uno mismo.

Es entonces evidente que si la vida cristiana, debe ser realizada en su plenitud en la vida monástica, sólo en esta dirección lo pueda hacer. Se trata de manifestar en la vida monástica esta liberación de sí, y ciertamente es la cosa más difícil, pero es lo que el mundo espera. El mundo no puede recibir su salvación de todas estas discusiones, de todas estos cuestionamientos, de todas estas contestaciones, de todo este ruido, de todos estos métodos, de todas estas técnicas, ¡tanto se lleva el viento! Finalmente, lo que tiene necesidad de ver, es la autenticidad de una vida cristiana, es una vida transfigurada por la Presencia de Dios, es una vida que encuentra toda su armonía, toda su belleza, toda su irradiación, toda su grandeza en la franqueza para con Dios.

Si esta vida existe, si se realiza, todos los problemas quedan virtualmente solucionados y, precisamente, es el testimonio que la vida monástica debe dar hoy, el testimonio de la vida, más allá de las palabras, más allá de los discursos, que son totalmente ineficaces si no están apoyados sobre testimonios de vida.

El juicio final del cristianismo, es finalmente la calidad de vida que logra producir. Todos los programas, todos los anuncios luminosos, todas las pretensiones de perfección, todas las recitaciones del Sermón de la Montaña, no vienen a cuento, si la vida no es la garantía de ello, si la vida no está transformada por todo ello, si el cristiano no es un ser universal, si no está abierto a todas las almas, a todas las civilizaciones, a toda hambre y a toda sed de justicia, si la presencia de un cristiano no abre un espacio de luz y de amor, si cada uno no se siente, frente a un cristiano, invitado a encontrar lo mejor de sí mismo, y si cada uno no presiente a través de un cristiano, la Presencia infinita del Dios Viviente.

En este momento existe una urgencia particular de que el testimonio monástico sea dado en toda su autenticidad. ¿Cómo se le podrá dar toda su autenticidad? ¿Qué es aquello que hará que la vida monástica encuentre hoy su centro más íntimo? En primer lugar será el silencio.

* * *

Es evidente que para encontrar a Dios, hay que hacer el vacío en uno mismo. Para encontrar a Dios, hay que estar en estado de silencio interior.

Todo el ruido que hacemos con nosotros mismos, todas nuestras reivindicaciones, todos nuestros resentimientos, en fin, todo lo que emana de este yo carnal y posesivo, todo esto se opone radicalmente al Reino de Dios, puesto que el Reino de Dios, es el reino de la Divina Pobreza, puesto que el Reino de Dios, es esta caridad ardiente en el corazón de la Trinidad, en una desapropiación eterna que constituye en Dios la personalidad.

El silencio vivido, el silencio respirado, el silencio irradiado, el silencio que es Alguien, el silencio que irradia la Eucaristía, el silencio donde Dios nos espera, el silencio que salvó todo... Si la Iglesia hubiera sido entregada al ruido de los hombres y a la multitud innumerable de sus palabras, ¡hace mucho que Ella hubiese dejado de existir! Lo que ha mantenido a la Iglesia, es el silencio de Dios y es el silencio de los grandes contemplativos que han vivido este silencio de Dios.

Es seguro, pues, que la vida monástica, si ella quiere ir hasta el fondo de sí misma, debe articularse sobre el silencio, nutrirse del silencio eucarístico y hacer de este silencio su propia respiración. Se conoce a Dios-sólo escuchando a Dios. Se puede nutrir de la vida de Cristo sólo siendo uno una simple mirada de amor hacia Él. Se trata pues de ir hasta el corazón de este silencio, de volver a conquistar sin cesar el recogimiento para ser instruido por el mismo Señor, para entrar en esta luz nupcial donde nuestra intimidad se intercambia con la suya.

Allí es donde todo empieza. Allí es donde todo se prosigue. ¡Allí es donde todo acaba! Se puede hablar verdaderamente de Dios sólo haciéndose uno mismo una palabra viva de Dios y todo, esto se cumple en el "corazón silencioso.

Un monasterio, con la diversidad de sus miembros, de sus funciones, debe realizar la unidad de una vida escondida en Dios. Sólo puede realizarlo al precio de un silencio rigurosamente observado, o más bien rigurosamente vivido. Porque no se trata de una consigna que se toma al entrar y que se deja cuando la puerta está cerrada, o abierta: se trata de un silencio que es Alguien. Se trata de un silencio que es una Presencia, de un silencio que es verdaderamente la respiración del corazón y del espíritu.

Por otro lado, todo lo que es grande se cumple en el corazón del silencio, y les voy a leer una página de Jean Rostand que es extraordinaria y que muestra que un sabio, cuando está realmente totalmente «tomado» por su búsqueda de la verdad, acaba espontáneamente en el silencio. Esto se encuentra en un libro que no tiene nada que ver con el silencio, que se llama: ¿Se puede modificar al Hombre?, donde Jean Rostand estudia el problema de la ectogénesis, es decir la posibilidad de crear hombres en un bocal, a partir de gérmenes cultivados «in vitro»:

«¿Qué es lo que sostiene al hombre de ciencia si no es la extraña pasión de conocer? A pesar de sus defectos y de su vicios, decía Charles Richet, los

sabios tienen todos la misma alma. Todos tienen el culto de la verdad en sí. Todos están animados por un pensamiento común: el amor a la verdad escondido en la cosas. «El culto de la verdad en sí», si estos enamorados de lo verdadero, no piensan en las consecuencias, de las aplicaciones posibles, de lo que tal vez van a descubrir, o si piensan en ellas, es sólo porque ellas testimonian una connivencia con lo real. Lo que desean, lo que sólo a sus ojos puede 'justificar el vivir', según la expresión de Ramón y.Cajal, es simplemente alcanzar «lo que es».

La verdad, la aman por ella misma, de una manera imperiosa, irracional, incoercible, intransigente, la aman como siempre se ama: porque ellos son ellos, porque ella es ella».

Pues él sugiere que hay una relación interpersonal entre el sabio y la verdad, y que en el fondo la verdad, es Alguien:

«La aman hasta el punto de que es un honor para ellos y casi un gozo proclamarla cuando ella va en contra de su agrado, y por eso no admiten, no soportan, que por ningún motivo, que por ningúna causa, que por ningún ideal, por más elevado que pueda parecer, que se desnaturalice la verdad o simplemente que se la exagere. La verdad, ellos la sirven con una devoción sin escrúpulos, persuadidos de que nunca se puede ir demasiado lejos en el celo para con ella, y están satisfechos de poner a su servicio esta pasión, este calor, este furor que en toda otra parte es su enemigo. Saben que la verdad es ardua, que es frágil, que como el Dios de Chestov, uno corre el riesgo de perderla cuando se cree que ya la tiene, y saben que no se la aborda sin haberse superado, que ella no es lo que satisface o alivia, que ella nunca está allí donde se le grita, como decía Vinci, y casi nunca allí donde se habla...»⁹.

Aquí pues tenemos un sabio que tiene el sentido del silencio, que sabe que la verdad, se consigue sólo cuando uno se supera y que se la aborda sólo en la medida en que se hace silencio en uno mismo. Entonces, cuando se tiene el privilegio de encontrar a Dios en lo más íntimo de uno mismo, cuando uno ha estado en la escuela de Jesús, cuando se es introducido en el corazón de la Trinidad, cuando se tiene precisamente la misión de encarnar esta Verdad y hacer de ella una vida humana, se sabe bien que se la alcanzará sólo en la medida en que se mantenga en uno mismo la luz de este silencio. Un monasterio auténtico, un monasterio ferviente, es un monasterio que es un sacramento del silencio. Haría falta que, apenas uno entra en él, uno tenga el sentimiento de respirar el silencio de vida, un silencio donde resplandece este secreto de amor, que es Dios en lo más íntimo de nosotros.

⁹ JEAN ROSTAND, Peut-on modifier l'homme?, Gallimard, Paris, 1956, pp. 145-146.

Y, de hecho, cuando uno está en contacto con los hombres, que se los escucha a lo largo del día, uno se da cuenta de que el obstáculo esencial que hay que superar siempre, son estas opciones pasionales que surgen del inconsciente; estas opciones pasionales que hacen que se den continuamente opciones «a priori» a todos los problemas: uno es de izquierda o de derecha, uno es de tal o cual familia, uno tiene tal o cual tradición, uno tiene tal o cual color de piel, uno habla tal o cual idioma, uno se nutre de tal o cual cultura, uno viene de tal o cual medio; y casi siempre uno tiene los prejuicios de sus determinismos nativos, de sus determinismos del medio, y uno los hace resaltar, y los justifica con palabras, y siempre ¡hay buenos argumentos para afirmarlos! Nunca se ha tomado el tiempo para escuchar y descubrir lo esencial y para conspirar, quiero decir, para concurrir con todas las fuerzas de su ser a la irradiación de la Presencia Única.

Escuchando constantemente, uno puede decirse: «¡He aquí cual es la opción pasional que está detrás de estas palabras!». ¿Qué es lo que hace que tal mujer o tal varón tome partido de tal o cuál manera? Se siente muy bien que todo esto no fue pensado, reflexionado, y que si se quiere dar luz, no se trata de discutir, de oponer argumentos a otros argumentos, lo que consiste casi siempre en confirmar al otro en sus posiciones, porque resistirá tanto más a los argumentos, cuanto que se siente alcanzado en su opciones pasionales. La única cosa eficaz, es hacer silencio en uno mismo, es volver al corazón de esta Presencia que es la Verdad en persona, es ofrecer al otro un espacio donde él no encontrará más ningún límite.

Es cuando uno dimite, cuando uno renuncia al combate, cuando uno rehusa a toda polémica, cuando uno evita en lo posible toda discusión; es entonces cuando uno puede, sin refutar a nadie, y la mayor parte del tiempo sin decir nada, ofrecer una salida a aquel que no tomó aún conciencia de que obedece a impulsos pasionales: se puede ofrecerle una salida interior a sí mismo, en el encuentro de lo más íntimo de sí mismo con esta Presencia que es nuestra liberación.

La Iglesia de hoy tiene una necesidad infinita de autenticidad. Tiene necesidad del testimonio de vida. Y ¿con quién podrá contar sino con los monasterios? Precisamente, la misión apostólica del monasterio, consiste en dar a la humanidad de hoy, no bajo forma de dialéctica, ni de discusiones, tampoco en construcción de sistemas, sino con la autenticidad de la vida, la única respuesta que puede ser adecuada a las aspiraciones del espíritu y del corazón humano.

Si verdaderamente, en alguna parte, la vida cristiana es vivida en plenitud, no se necesita ninguna apologética, porque el testimonio de la vida es irrecusable. Se podrá siempre discutir sobre la manera de percibir los acontecimientos, sobre sus interpretaciones, pero no se puede discutir sobre el testimonio de una vida que se tiene delante de los ojos, y que atestigua la trans* * *

Es deseable, naturalmente, que la vida monástica vaya más allá de la ambigüedad que no ceso de señalar, que la vida monástica se articule sobre la Trinidad, que la vida monástica penetre a fondo en este despojo, en esta pobreza divina y que considere a Dios como el modelo, como la fuente de nuestra libertad que estalla en el corazón mismo de las tres Personas Divinas. Pero, de todas maneras, si esta liberación es vivida, esta enseñanza será dada en términos de vida, y allí está lo esencial.

El silencio, naturalmente, no podrá ser el silencio del monasterio, salvo si cada monje lo lleva en sí, si cada monje lo vive como su tesoro, si cada uno vuelve a él como a su bien más precioso, si cada uno se nutre del silencio eucarístico, «misterio clamoroso en el silencio de Dios», como decía Ignacio de Antioquía para expresar el misterio del Verbo Encarnado.

Por otra parte, el silencio será profundamente vivido sólo si el monasterio vive también un orden perfecto, en una obediencia rigurosa, obediencia que significa precisamente la acogida de la misión apostólica. Porque la obediencia en la vida monástica, no es otra cosa sino el «envío», el envío dado a cada uno por Cristo. Porque toda la vida monástica es apostólica, porque es «enviada» toda entera. También tiene necesidad en cada instante de la misión de Cristo, porque entonces, como decía san Pablo a los Romanos, no se puede predicar si no se es enviado, y la misión apostólica supone pues la misión dada por Cristo y la obediencia. Tanto para la vida monástica, como en la vida cristiana, cuando está vivida auténticamente, la obediencia es la misión de Jesucristo.

San Benito en su Regla -ustedes se acuerdan porque la saben de memoria- prescribe a los monjes respetar los utensilios del monasterio como a vasos sagrados¹⁰, es decir que ubica el trabajo de los monjes en el corazón de una liturgia. Toda la vida es una liturgia, toda la vida es una celebración, toda la vida es una eucaristía, toda la vida es una contemplación; porque toda la vida se cumple en el corazón de la Trinidad, porque toda la vida es un testimonio, porque toda la vida es una misión.

Se trata de vivir la obediencia como misión. La obediencia monástica no tiene como primera meta romper nuestra voluntad; de romperla como si se tratara de un ejercicio de ascesis, combinado por un maestro estoico que quiere enseñar a hacernos dueños de nosotros mismos, lo que es ya algo infinitamente respetable; sino que la obediencia monástica va infinitamente

¹⁰ Regla de san Benito, cap. 31,10.

420

más profundo: ella vuelve a unirnos a la misión divina: «Como el Padre me envió, yo los envío». El monje es enviado, en sus trabajos de roturación de la tierra, o de fabricación de queso, o de no sé qué...; en cualquier trabajo está la misión y, por consiguiente, en todas partes tiene la necesidad de recibir el envío o la misión de Jesucristo. Lo que hace toda la nobleza de la obediencia monástica, es que es precisamente la acogida de la misión de Cristo: el Señor me envía y yo voy. Cumpliendo mi trabajo, aro la viña del Señor sobre toda la tierra, estoy presente en todo el Cristianismo, en toda la Humanidad, en toda la Historia, en todo el Universo. Entonces la perfección de mi vida está tanto más exigida cuanto, precisamente, es sólo por mi vida que cumplo mi apostolado. No tengo técnica, no tengo otros instrumentos, no tengo otros medios para ser testigo de Dios, sino la fidelidad integral de mi vida.

Esto es de fundamental importancia, porque es la única esperanza del Cristianismo. Si el Cristianismo no vuelve a encontrar -pero lo reencontrará puesto que el Cristianismo no puede perecer-, si el Cristianismo no volviese a encontrar la autenticidad de la vida cristiana, la pasión de Dios, la alegría de Dios, la franqueza con Dios, la liberación en Dios, la plenitud de la vida a través de Dios, el Evangelio no sería más Evangelio. Si el Evangelio es la «Buena Nueva», es precisamente porque el Evangelio da a la vida toda su grandeza y su belleza.

Hay un enemigo del Cristianismo que es extremadamente feroz, que se dedicó a destruirlo, que pasó su vida testimoniando contra él, es Nietzsche, hijo de pastor, quien agudizó su inteligencia con erudición, con un sentido del verbo, de la palabra; con una erudición que, para su época, era prodigiosa. Encarnizadamente, en una soledad trágica, persiguió al Cristianismo con sus invectivas, con su odio, bajo esta acusación continuamente repetida que el Cristianismo es enemigo de la vida, que desvaloriza la vida, que la menosprecia, que da preferencia a todo lo que es debilidad, a todo lo que es desmedrado porque tiene miedo al sol, tiene miedo de la luz, ¡tiene miedo de Dionisio, tiene miedo de la vida en su embriaguez, en su surgimiento!¹¹. ¿Qué contestar a esto, sino con el equilibrio feliz de una vida que encuentra su plenitud en este matrimonio de amor con Dios, en esta franqueza con Él, en esta respiración del silencio?

Nietzsche, en su soledad trágica, reencontró la locura. Nietzsche se desintegró a sí mismo en esta búsqueda conmovedora del «super-hombre». Resta, pues, que nosotros le opongamos no tanto las refutaciones, sino la realización tranquila y alegre de una vida que se nutre de la Presencia de Dios.

Es cierto que no puede haber alegría auténtica en otra parte que no sea en esta liberación de sí, que hace de toda la vida un impulso hacia este Dios

¹¹ Tema recurrente en la obra de Nietzsche, desde la primera obra *El nacimiento* de la tragedia (1872) hasta la última que publicó *El Anticristo* (1896), pasando por las dos más célebres *La Gaya ciencia* (1882) y *Así hablaba Zaratustra* (1883).

escondido en nosotros, que se entrega en nuestras manos, y cuya fragilidad se confía a nuestro amor; este Dios que es la espera de todo el universo y al que nos corresponde revelar por medio de la autenticidad de nuestra vida.

* * *

La vida monástica es pues más necesaria hoy que nunca, con la condición de que sea totalmente auténtica. Es imposible que ustedes sean testigos de la Iglesia contemporánea, de sus problemas, de sus desgarramientos, de sus esperanzas, de sus esfuerzos, de los extravíos de algunos de sus miembros, del viejo equívoco que pesa sobre nosotros, del hecho que no hemos aún despejado ¡la pura joya de la Vida Trinitaria como el centro de todo! Ustedes no pueden ser los testigos de esta crisis del Cristianismo sin sentirse esencialmente cuestionados. Y por gracia, no les corresponde arrojarse en la contienda y aportar argumentos para replicar; lo que se les pide, es simplemente que vivan integralmente su profesión monástica e ir hasta el fondo de este silencio, que está, por otra parte en el corazón de sus tradiciones las más íntimas y que justifica la institución monástica. Es necesario que el mundo que los rodea tenga el sentimiento de que todos los alrededores de su monasterio constituyen, con el mismo monasterio, un sitio relevante de silencio, un sitio destacado de encuentro y que el mundo no pueda pasar la puerta del monasterio sin sentirse envuelto por la Presencia del Señor que vive en ustedes.

Si es que el Cristianismo debe tomar la curva, si debe escapar del peligro de hoy, si debe sobrepasar esta crisis -y la sobrepasará ciertamente-, es necesario que sea con el mínimo de daños posible; para recuperar a todos aquellos que se separaron, para alcanzarlos en sus extravíos, si es que hay extravíos, es necesario que redoblemos la fidelidad y el amor. Es necesario que la amemos ardientemente. Es necesario que la llevemos nuevamente a la luz pascual. ¡Es necesario que Cristo esté tan vivo en nosotros que no tengamos más necesidad de hablar de Él! En última instancia no se puede hablar de Jesús; pero si uno lo vive, es imposible que no se irradie su Presencia.

Pero, no olvidemos que nuestra vida, que la vida monástica es una vida apostólica, la más apostólica, que está constantemente «enviada», que nuestro trabajo no concierne al bien de este monasterio, a su prosperidad material y a su subsistencia; sino que todos estos trabajos constituyen una obra apostólica, que toda la vida es un don que tenemos que hacer al mundo y que nuestra fidelidad al orden cotidiano, nuestra fidelidad a la obediencia, es una respuesta a la llamada de Cristo que nos envía, que les envía, que les pide ser «pescadores de hombres» simplemente viviendo auténticamente su vida.

Hemos visto recién que un sabio, simplemente en su obediencia por amor a la verdad, descubrió que el camino de la Verdad, es el silencio. ¿Cómo pues, no tener nosotros un amor de predilección? ¿Cómo no buscar vivir el

silencio, por el silencio, ser silencio, hacer silencio en nosotros para percibir en el corazón de la Trinidad, «los misterios clamorosos que se cumplen en el silencio de Dios»?.

II. La pobreza, fundamento de la propiedad

¿De qué Dios hablamos? ¿Y a qué hombre? ¿De qué hombre se trata? ¿Se trata del hombre tomado desde el nacimiento carnal, que es una migaja de universo, que es un producto, que está todo entero encerrado en sus determinismos, que no tiene nada de sí mismo, que está llevado por fuerzas que obran en el universo y que no se lleva a sí mismo? Este hombre enteramente condicionado, este hombre que no tiene nada de sí mismo, ¿se trata de él cuando se habla de libertad?

Los alumnos de los liceos reclaman la «libertad», rehusan toda sumisión: ¿En nombre de qué?12. Lo que pueden pedir en nombre de una exigencia fundamental que está inscrita en cada uno de nosotros, es poder liberarse de sí mismos, tomando sentido la libertad sólo por medio de nuestra liberación. Nuestra libertad, es nuestra liberación, y esta liberación puede necesitar sostén, apoyo, dirección. El alumno adolescente que rehusa la disciplina, que rehusa la ayuda de los maestros, que pretende saberlo todo sin haber aprendido nada, jeste alumno se corta el pasto bajo sus pies! Precisamente rehusa su humanidad, rehusa liberarse a sí mismo en nombre de una libertad formal, de una libertad quimérica, de una libertad que no existe, de una libertad privada de toda significación. Porque si el hombre no debe ser esclavo, si él no puede ser la propiedad de otro, el instrumento de otro, el instrumento pasivo y el objeto de otro, es porque está llamado a crearse a sí mismo, es porque debe hacer de su vida una fuente y un origen, porque tiene un don de sí mismo en consentir, que es indispensable a su propia existencia y a la de los demás. En razón de esta dignidad, pero que debe conquistar, que debe respetar en primer lugar, en nombre de esta dignidad debe reivindicar el respeto a los demás empezando por respetarse a sí mismo.

De la misma manera cuando se habla de los «derechos del hombre», ¿de qué se trata? Se dice: «Los hombres nacen libres e iguales...». ¡No nacen libres, no es verdad! Deben conquistar su libertad, que es completamente

¹² El retiro predicado por M. Zundel en diciembre de 1971, se ubica en el contexto socio-político-religioso que, desencadenado en el mes de mayo de 1968, provocó una crisis muy grave en la sociedad, el Estado y la Iglesia. Toda esta conferencia hace referencia a ella.

otra cosa. Y en toda la vida apenas lo alcanza, puesto que habrá siempre límites para sobrepasar, oscuridades para esclarecer, impurezas para purificar.

Los hombres no nacen libres; deben conquistar su libertad. Y no son iguales; los dones son diferentes. La única igualdad, es que todos se encuentran ubicados frente a la misma exigencia, a saber: «hacerse hombres», les toca renunciar, soportarse, sufrir, para hacer de su vida un espacio ilimitado de luz y de amor, donde el valor infinito que les ha sido confiado podrá expresarse, revelarse y comunicarse.

Todas las deliberaciones sobre la justicia están envenenadas por este equívoco y las «Declaraciones de los derechos humanos», bien sea la de la Revolución francesa del 26 de agosto de 1789 o la de la O.N.U. del 10 de diciembre de 1948, todas estas declaraciones flotan en el aire, son quiméricas, porque suponen realizar lo que no lo es aún: suponen que el hombre existe, cuando aún no existe. Atribuyen al hombre una dignidad que no conquistó, suponen que el hombre reconoce automáticamente la dignidad de los demás, que está listo para hacerles justicia, cuando todo esto no está realizado. Naturalmente nadie cree que estas cosas son «slogans» que se tornan materia de una sobrepuja política. Finalmente se alcanza el poder cuando se ha tomado el poder en nombre de la justicia, o en el nombre del pueblo y se constituye una clase privilegiada, y todo vuelve a empezar como antes, es decir: que las desigualdades han cambiado de manos, ¡pero están siempre allí! Y pueden perdurar con una ferocidad increíble, como se ve en la Rusia de hoy, donde la oposición está considerada como una enfermedad psiquiátrica, y reducida por medio de tratamientos que acaban finalmente con la destrucción del cerebro.

Se trata, pues, de ubicarnos frente al hombre como frente a un problema. Se trata de otorgar derechos, o más bien de reconocer derechos, no al hombre animal, sino al hombre que debemos volver a ser. Lo que tiene derecho en nosotros, es la persona, es decir, el ser que se conquistó, el ser que tiene una dignidad, el ser que respeta la dignidad en sí mismo y en los demás.

Hay un cierto izquierdismo que tienta a los burgueses, que son los más prontos a querer «romper la barraca», porque al final, tienen todos los privilegios. Hay un cierto izquierdismo que tienta a los sacerdotes: pareciera que yendo hacia la revolución, reclamándola a gritos, se acreditará el Cristianismo. Las cosas no son tan sencillas, se ayudará mucho más a la humanidad a realizar la justicia si se la coloca frente a la verdad ¡y la verdad es precisamente, que tenemos que hacernos hombres!

* * *

Por otra parte, podemos, en esta perspectiva, encarar el problema de la propiedad, el derecho de propiedad, lo que nos llevará a una justa apreciación de la pobreza evangélica.

Es evidente que el problema de la propiedad en el mundo de hoy nos hace volver inmediatamente a las necesidades fundamentales del hombre. Éste sólo puede subsistir si está asegurado su alimento, si goza de un hogar suficiente, si puede vestirse, si puede defenderse contra las condiciones atmosféricas; en fin, las necesidades del hombre, sus necesidades elementales, están allí y piden ser satisfechas. De hecho, no lo están y, como decía Mons. Helder Cámara: «La situación es ésta, que el 85 % de los hombres viven en la miseria para asegurar el super-confort del 15 % de los hombres y pronto sólo del 10 %».

¿Cómo sanear esta situación? ¿Cómo alcanzar la justicia? ¿Cómo establecer el derecho, de tal manera que todos los hombres puedan participar de él? Es preciso en primer lugar, naturalmente, empezar a definirlo, a descubrirlo. ¿Qué es el derecho? ¿Y en qué condición se revela en nosotros?

Voy a tomar el ejemplo más sencillo, el que más me esclareció: una mujer pobre que tiene cinco hijos para alimentar, que no tiene nada para poner en sus ollas, que lucha contra el destino, que se mata en un trabajo de tejedora, que no le rinde nada, me decía: «Bueno, no deseo otra cosa que rezar, meditar...; sí, ese lujo, ¡soy la primera en desearlo! Pero en fin, estoy frente a mis ollas, están vacías... mi oración, la puedo hacer más tarde, mi meditación mañana, ¡porque es hoy que debo alimentar a mis hijos! ¿Qué voy hacer frente a mis ollas vacías?».

De hecho, ¿qué reivindicaba esta mujer? Ella reivindicaba un espacio de seguridad, que le permitiera hacer de ella misma un espacio de generosidad. No deseaba otra cosa que hacer de su espíritu una ofrenda al Señor, no deseaba más que tener tiempo disponible que le permitiera desarrollar su inteligencia; pero ella estaba en la imposibilidad de realizar este ideal, porque no tenía nada para alimentar a sus hijos. El hambre de sus hijos le perforaba sus entrañas, bloqueaba su espíritu y le impedía meditar o rezar.

Ella pues me enseñó lo que es el derecho: un espacio de seguridad, que permita a cada uno llegar a ser un espacio de generosidad. El hombre no es un puro animal. El hombre tiene necesidades parecidas a las de los animales, pero tiene además la facultad de prever, y basta que prevea la miseria de mañana, para que el pan de hoy esté envenenado. Si está seguro de no comer mañana, el pan de hoy se le atraganta. Es necesario que tenga un espacio de seguridad. Es necesario que sus necesidades materiales sean suficientemente cubiertas para que no tenga que pensar más en ellas.

Cuando está asegurado de poder satisfacerlas, entonces puede rezar, puede meditar, puede enriquecer su espíritu, puede amar el universo, que no lo aplasta, que no pasa sobre él como un rodillo compresor. Puede amarlo y anudar relaciones de admiración con esta naturaleza que no es una madrastra, donde puede tomar con seguridad lo suficiente para satisfacer sus necesidades urgentes y legítimas.

Si el derecho se ajusta en esto, se funda en esto, si asegura a cada uno,

un espacio de seguridad que le permita llegar a ser un espacio de generosidad, vemos en seguida que el derecho, todos los derechos, y el derecho de propiedad en primer lugar, están fundados en la pobreza según el espíritu: está para que yo pueda hacer de mi vida un don, está para que pueda liberarme interiormente de mí mismo, está para que pueda hacer de mi vida un espacio de luz y de amor, y por eso tengo derecho a reivindicar este espacio de seguridad, que me coloca al abrigo de las necesidades materiales más urgentes y más legítimas.

Si el derecho se define de esta manera, si tiene este origen, si tiene este fundamento, si está fundado sobre la pobreza según el espíritu, si puede legitimarse sólo en razón del don que estoy llamado a hacer de mí mismo, este don concierne a todo hombre: todos los hombres están confrontados con la misma exigencia, todos tienen que realizarse como hombres, todos tienen que liberarse de sí mismos, todos tienen esta vocación de hacer de su vida una ofrenda de luz y de amor.

Una definición como esta excluye toda clase de acaparamiento; todos los hombres tienen el mismo derecho a tomar las riquezas de la tierra, incluso las riquezas técnicas que han venido a ser un bien común. Todo hombre tiene el derecho de tomar de estas riquezas para hacer de sí mismo una fuente y un origen; todo hombre tiene el mismo derecho a este espacio de seguridad.

Santo Tomás¹³ nos lo va a confirmar de una manera totalmente inesperada en la q: 66 de la II^a II^{ac} donde se plantea el problema del robo: «¿Qué es lo que constituye el robo? ¿Qué es lo que hace de un hombre un ladrón?»; y se hace en particular esta pregunta: «En caso de extrema necesidad cuando un hombre se encuentra en una necesidad tal que corre el riesgo de perecer, ¿tiene el derecho, cuando nadie acude para salvarlo, de tomar del bien ajeno lo que le es necesario para subsistir?». Santo Tomás responde: «Sí, tiene el derecho». ¿Por qué? Su respuesta es extremadamente esclarecedora:

«Porque, haciendo así, es decir, tomando del bien ajeno en la medida en que es necesario para asegurar su subsistencia, en este momento en que va a perecer, puesto que nadie viene en su auxilio, lo que toma viene a ser suyo (efficitur suum: se hace suyo)».

De hecho, santo Tomás se explicó. Él admite que en el origen todos los bienes de la tierra estaban en común, lo que es obvio. En la medida que la sociedad humana se vuelve más compleja, se produce la repartición de los

¹³ El desarrollo que sigue recurre a Santo TOMÁS de AQUINO, Suma Teológica, IIa IIae; q. 66; a. 1. 2 y 7. En el texto de M. Zundel, la traducción es evidentemente del mismo autor.

bienes, se instituye de la propiedad privada. ¿ Por qué? ¿Cuál es la legitimación de esta propiedad privada? Él responde:

«Una mejor administración de los bienes, porque la indivisión provoca la incuria y el desorden; cada uno descarga sobre el otro la gestión del bien común y al final es la pelea, es la anarquía y es este mismo bien, este bien común que perece. Hay pues legitimación de la propiedad privada en vista a una mejor administración del bien común. Pero en el caso dado, frente al hombre que va a perecer, porque le falta lo estrictamente necesario, esta propiedad privada que debía asegurar una mejor gestión del bien común se vuelve en contra de la vida. Entonces la ley cesa, o más bien la ley primitiva revive: la propiedad vuelve a ser común».

En consecuencia, el hombre que toma en caso de extrema necesidad lo que le es indispensable para sobrevivir, toma lo que es suyo.

Por otra parte, santo Tomás se explica más profundamente aún diciendo que la repartición de la propiedad privada, en vista a una mejor administración del patrimonio común, concierne únicamente a la gestión de los bienes, es decir que el hombre, que es el propietario legítimo tiene el derecho de administrar los bienes de su propiedad, de administrarlos y de repartirlos según el juicio de su conciencia, pero no tiene el derecho de usar de sus bienes de una manera indiscreta. Tiene el derecho de usar de sus bienes para su uso personal en la medida de sus necesidades legítimas. Todo lo que está por encima, corresponde, según el derecho natural, a los demás, dice santo Tomás. De allí la conclusión: el hombre que toma lo que les es indispensable, en caso de extrema necesidad, toma de lo que es suyo.

Santo Tomás confirma pues admirablemente que el derecho de propiedad constituye simplemente un espacio de seguridad para permitir que cada uno tenga un espacio de generosidad. Se deduce que, a partir de que un ser satisfizo sus necesidades legítimas entendiéndolo de una manera inteligente y razonable (es evidente que un profesor de universidad, un cirujano, no tienen las mismas necesidades; tienen necesidad de un crédito más amplio que el hombre que tiene un bote y se pasa la vida pescando, que no tiene necesidad de toda una biblioteca, que no tiene necesidad de viajes de exploración para satisfacer sus necesidades profesionales), atendiendo pues a sus necesidades, las necesidades de cada uno, de manera razonable, todo lo que está más allá no le pertenece más, corresponde en derecho natural a los demás, en la medida en que los demás no pueden satisfacer esta exigencia fundamental de hacerse hombre. En la medida en que los demás no gocen de este espacio de seguridad, todo lo que está más allá de las necesidades legítimas de cada uno, corresponde en derecho natural a los demás.

* * *

¡Y esto no concierne a ninguna clase! No se trata de los proletarios contra los que poseen, o de los que poseen contra los proletarios. Es una ley universal. Si se admite que tal es el derecho, se ve inmediatamente la imposibilidad de justificar cualquier forma de acaparamiento.

Yo sería el primero de los hipócritas, si reivindicando lo que poseo bajo el pretexto de hacer de mi vida un espacio de generosidad, aplastara a los demás, los dejara perecer por no satisfacer a sus necesidades más urgentes, cuando ellos están llamados tanto como yo, a-transformarse en un espacio de generosidad, cuando esta dignidad que está en ellos es también mía: yo soy tan solidario de su dignidad como soy solidario de Dios que habita en ellos. Es el mismo Dios que está en ellos, es la misma dignidad que está en mi; y yo pisoteo mi misma dignidad si no reconozco la ajena, así como yo reniego de mi Dios si no respeto al mismo Dios que me espera en el corazón de los demás

Si aplicásemos este principio, si el derecho se definiese de esta forma, no quedaría ninguna propiedad asegurada en su estabilidad, ninguna propiedad privada, ninguna propiedad colectiva, ninguna propiedad nacional, pues, ¿Cómo admitir que unos doce millones de Blancos poseen un continente como Australia? ¡Tanto más cuando hay una población autóctona anterior a ellos! ¿Qué es lo que funda sus derechos? Ninguna propiedad humana, puede reivindicar un fundamento a la propiedad, como por otra parte a todos los derechos del Hombre, sino esta exigencia de hacer de nuestra vida un espacio de generosidad.

Se trataría pues de encarar una refundición completa de la estructura de la sociedad, no trastornando, no «rompiendo la barraca», no haciendo izquierdismo a más no poder, no llamando a los hombres a la revolución, es decir a la efusión de sangre, sino recordando con sencillez que somos todos llamados a «hacernos hombres y que todos los derechos del Hombre están fundados sobre esta vocación esencial: hacer de nosotros una vertiente y un origen.

Se debe pues encarar el trabajo; el trabajo humano no tiene como meta, en primer lugar, de producir cosas; el trabajo humano tiene por meta, en primer lugar, producir hombres. No se trata pues, de organizar el trabajo en vista de un beneficio cada vez más grande, que asegurará la sobreabundancia de unos pocos; se trata de organizar el trabajo siempre y en todo lugar, en vista a crear hombres, y por consiguiente de no calcular el provecho material en favor de unos pocos, sino de querer que el trabajador cualquiera que sea, reciba de su trabajo o tenga asegurado por su trabajo ese espacio de seguridad que le permitirá hacer de sí mismo un espacio de generosidad.

Por eso es imposible encarar el trabajo de otra manera que no sea bajo la forma de una república, donde cada uno es responsable. Finalmente es inadmisible que el trabajo use millares de hombres como instrumentos, sin saber para quienes trabajan, sin que sepan donde van los beneficios, sin que

sepan a la vez las ventajas y los riesgos de la empresa, sin que sean llamados a participar en su gestión, sin que tengan la posibilidad de rehabilitarse, de mejorar sus conocimientos, de progresar en la jerarquía, de ser elegidos para funciones para las cuales están-calificados.

Porque ningún hombre puede reclamar una fortuna que hubiere aportado en una empresa bajo el pretexto de que provee los capitales, o que tiene una competencia técnica que le da derechos particulares, porque toda fortuna pide ser examinada. ¿De dónde viene? Toda fortuna, precisamente porque proviene en última instancia de las riquezas de la tierra, es decir de este patrimonio común, toda fortuna es deudora con respecto a todos los hombres.

Si un hombre tiene una fortuna y abre una fábrica, es una manera de restitución, porque mientras todos los hombres no gozan de la misma seguridad, mientras todos los hombres no tienen la seguridad de poder vivir con dignidad, esta fortuna no puede pretender permanecer intocable. Es necesario que sirva al bien común y esto no da a aquel que opera esta restitución ningún derecho a mantener a los demás en servidumbre. Al contrario está llamado a liberarse, a asociarlos a su empresa, a confiarles una responsabilidad proporcional a sus competencias, de tal manera que el negocio sea el negocio de todos y de cada uno, que cada uno lo viva como suyo con entusiasmo y amor, y que al final los beneficios sean controlados por todos, sean repartidos entre todos en la medida en que es legítimo. Cada empresa, en efecto, debe mirar a los demás, cada empresa es deudora con respecto al género humano entero; y allí donde las condiciones son tales que un solo hombre, sin que sea por culpa suya, está expuesto a perecer, todos los demás hombres son solidarios de esta situación y son llamados o son obligados, en virtud de la exigencia de su humanidad, a salir en su ayuda.

Se trata pues de establecer el derecho sobre este fundamento, a saber, el espíritu de pobreza, el espíritu de despojamiento que está en la base de nuestra liberación. Si estamos llamados a liberarnos, a soportarnos, a darnos enteramente, es evidente que nuestras posesiones, ordenadas hacia este despojamiento, nunca podrían llegar a ser para nosotros una ocasión de afirmación de bestias feroces que defienden su bienes con uñas y dientes, como si estos bienes fuesen intangibles.

Cuando se definió el derecho como acabo de hacerlo, no hay nada intangible, sino la dignidad del mismo hombre. No se trata pues de sembrar tempestades. No se trata de empujar a los hombres hacia un odio de clases, se trata simplemente de recordar las exigencias fundamentales de nuestra humanidad.

Es imposible ser hombre sin tener el espíritu de pobreza, puesto que estamos llamados a despojarnos de nosotros mismos a ejemplo de la Trini-

dad Divina, puesto que somos libres sólo por medio del don total de nosotros mismos. Imposible ser hombre sin vivir el espíritu de pobreza, e imposible vivir el espíritu de pobreza sin tener el espíritu de compartir. Sin inquietarse por los demás, sin preguntarse como pueden satisfacer sus necesidades.

Por supuesto no se concibe a un sacerdote aferrado a su dinero, que se va de vacaciones entiendo vacaciones costosas cuando hay parroquianos suyos que no tienen techo. No se concibe que su dinero no sea el dinero de los
demás. No puede ser el padre de su parroquia, no puede desear apasionadamente el Reino de Dios, si no está inquieto por las condiciones materiales,
las condiciones de seguridad sin las cuales este Reino de Dios es prácticamente irrealizable.

Y no se concibe más la propiedad monástica como una propiedad ¡intocable e intangible! Un monasterio está en el seno de la humanidad, y su propiedad no es más intangible que cualquier propiedad humana. Esta propiedad debe naturalmente permanecer abierta, entiendo con esto que debe ser solidaria de todas las necesidades humanas, donde sea que las haya. Una vez satisfechas las necesidades legítimas, toda propiedad –sea de la Iglesia o no—, por derecho natural, vuelvo a los otros.

Ciertamente, hay una resolución por realizar, no a favor de unos contra otros, sino a favor de todos: ¡No se trata de sacar a algunos lo que poseen para reducirlos al estado de miseria con un espíritu de revancha, para que sean pisoteados a su vez y "pasen las de Caín"! Se trata de hacer tomar conciencia a todos los hombres de su dignidad y de su solidaridad rigurosa en esta diginidad. Y esto no es imposible si se va hasta el fondo del problema, si se coloca al Hombre frente a sí mismo; si se lo hace comprender comprendiéndose primero a sí mismo, que se tiene que hacer Hombre, que no se nace Hombre, es la obra de toda una vida y que se trata de volver a colocarse constantemente sobre la forma divina para hacer de uno mismo un espacio ilimitado de luz y de amor.

En esta visión, el espíritu de pobreza evangélica se vuelve aún más infinitamente precioso. No tenemos que atarnos a nuestras posesiones, precisamente porque nada es nuestro; nada es nuestro...: sólo tiene derecho a todos los bienes de la tierra este valor infinito que habita en nosotros y que es el Dios Vivo.

Para que ese Dios pueda expandirse, para que Su Rostro se transparente a través de todos las necesidades materiales, para que el universo no sea más una cárcel donde el Hombre se siente aplastado, para que el Reino del Amor Infinito se vuelva finalmente posible, del Amor en persona, del Amor que es Dios; para que este Reino sea posible es necesario que la justicia se establezca.

Es de esta manera pues que debemos usar nosotros mismos de nuestros bienes, de los bienes que están a nuestra disposición. No somos los poseedores de ellos, somos responsables de ellos frente a Dios y a los hombres, debe-

430 mos respetar todo este dominio y tenemos que llevar en nuestra oración, y en nuestra solicitud, todo el dolor y la miseria del mundo.

Pidamos al Señor que los espíritus sean iluminados en la medida en que tenemos la posibilidad de hacerlo. Por lo menos, sepamos difundir, por medio de la autenticidad de nuestra vida, esta visión de un derecho fundado sobre la exigencia radical de despojamiento que es la condición de nuestra liberación.

Entonces, creo que sacaremos una luz inagotable si reducimos siempre el problema de los derechos del Hombre, y en particular el problema del derecho de propiedad a estos términos: un espacio de seguridad que hay que asegurar a todos con la misma plenitud, un espacio de seguridad que permite a cada uno hacer de sí mismo un espacio de generosidad.

III. La oración de la vida

Una de las palabras más profundas que fue dicha sobre la oración es la siguiente: «Jesús rezó a los hombres y no fue escuchado por ellos»¹⁴.

Pascal se refiere evidentemente a la agonía de Nuestro Señor sobre la cual medita, y pensando en esta súplica de Jesús dirigida a sus apóstoles dormidos, resume este drama con estas palabras admirables: «¡Jesús rezó a los hombres y no fue escuchado por ellos!».

Esta palabra nos permite hacer una transposición que nos es familiar:

Como es siempre Dios quien da el primer paso, como es siempre el don de Dios que suscita el nuestro, como Dios está siempre presente y somos nosotros los ausentes, la oración es pues la satisfacción de Dios por el hombre.

La acogida del hombre por Dios es obvia, puesto que Dios es la acogida eterna, Él es el Sí sin echarse atrás, sin mezcla de No, porque como dice san Pablo, en Jesús no hay Sí y No, sino solamente Sí. Dios es la acogida eternal¹⁵.

No hay necesidad de dirigirse a Él para solicitarle su Amor, puesto que Él es EL AMOR, no hay necesidad de que Él venga a nosotros, puesto que Él ya está; nos corresponde a nosotros ir hacia Él, a nosotros darle acogida, es decir, abrirnos a ese Don que Él es permanentemente, a fin de que se derrame en todo nuestro ser, y por medio nuestro en todo el Universo.

¹⁴ Blaise PASCAL, Le Mystère de Jésus (éd. G. Michaut). Payot, Paris, 1942, p. 97.

¹⁵ Cfr. 2 Co 1,17-20.

Qué quiere decir esta acogida de Dios, sino precisamente hacer de nosotros el santuario de su Presencia, cerrar ese anillo de oro de los compromisos eternos, es decir recibir esta Vida divina y vivirla como nuestra, y llevar a los demás infinitamente más que a nosotros mismos, en este resplandor de Dios que hábita en nosotros.

La oración les es familiar, ella es vuestra vid, ustedes son la oración de la Iglesia, vuestra oración es apostólica, como toda vuestra vida; vuestra oración es la oración de toda la Humanidad, de toda la Creación, de todo el Universo. También está llamada a llegar a ustedes mismos, quiero decir: a hacer de ustedes mismos esta Iglesia viva que es la única Iglesia auténtica.

Lo sagrado, de hecho, reside finalmente en lo más íntimo de nosotros mismos, porque todo lo sagrado que nos circunda no está allí para sí mismo, los muros de la iglesia no están allí para ellos mismos, el tabernáculo no está allí para él mismo, Cristo no mora entre las paredes del tabernáculo para estas mismas paredes; al final, todo lo sagrado debe establecerse en nosotros, y es à través de nosotros mismos que debe revelarse y expandirse.

La oración puede tomar formas innumerables; la del Salterio que es tradicional y que es en el fondo la oración litúrgica; las oraciones de jaculatorias innumerables; la «oración de Jesús» de la tradición oriental, que es tan eficaz y milagrosa entre los que la viven; esta oración no formulada, finalmente, que es la oración de la vida.

Y en efecto, es a esto que llega, y llegan todas las oraciones; es la misma vida es que se hace oración, la vida no es más que una respiración de Dios, un espacio donde su vida se expande, una transparencia donde su luz se comunica.

En cierto sentido, se puede decir que toda oración auténtica desemboca en esta oración sobre la vida, en nosotros y en los otros.

¿Qué quiere decir esto? Voy a tomar un ejemplo muy sencillo, del corazón de la vida.

Encontré hace mucho tiempo, una señora que en esa época tenía unos sesenta años, y estaba paralítica desde hacía treinta y nueve años, totalmente paralítica, no pudiendo llevar las manos a su boca, no pudiendo darse vuelta en su cama, totalmente dependiente de los demás, y además, ciega desde hacía treinta años.

Solo la inteligencia permanecía viva en esta persona, la mirada interior de su pensamiento, la irradiación de ese secreto escondido en lo más profundo de ella misma.

Y me maravillaba al ver a esta mujer, tan dependiente de todo, y desde hacía tanto tiempo, guardando una serenidad perfecta; no se quejaba nunca. Parecía que estaba totalmente acostumbrada a su dolencias, cuando un día ella me contó su maravillosa historia.

Ella-había sido golpeada por un ataque de poliomielitis, cuando tenía diecinueve años. En ese momento ella estaba casi comprometida con un muchacho, quien iba a manifestarle toda la grandeza de su-amor al no abandonarla nunca. No solamente no la dejó en el momento de ese infortunio, por el contrario! Se hizo su caballero sirviente, compró un vehículo para transportarla, hizo todos los servicios según su capacidad para esa situación, y después de nueve años, cuando ella se volvió ciega, se casó con ella.

Se casó pues con este bloque inerte ¿Por qué ? Evidentemente porque había encontrado a su alma, porque había adivinado el secreto más profundo de su ser, porque este conocimiento profundo bastaba para colmarlo, porque podía intercambiar con ella el «Infinito en Persona». Y aunque este hombre tuvo que morir mucho antes que ella, y de manera súbita, toda su vida era como su paraíso gracias a este inmenso amor que le había revelado las profundidades de su alma.

Ahora ella sabía, que en ella había lo suficiente para llenar el Universo, que en ella había un valor infinito que no era ella, y que un hombre la había amado por ello, que un hombre liberado de la carne, totalmente liberado de sí mismo, había comulgado con la Presencia. divina que estaba escondida en el fondo de su corazón.

Esta revelación la llevó a un tipo de contemplación, de vida interior totalmente espontánea; sólo le bastaba entrar en este santuario que le había sido revelado por este inmenso amor, para que su vida fuera un consentimiento.

Todo esto no era dicho con palabras, todo esto no era elaborado en un sistema, pero todo esto era vivido en esa profundidad, que revelaba precisamente su serenidad que nunca se desmentía, nunca, a pesar de todas las dependencias a las cuales la sometía ese organismo tan duramente golpeado.

* * *

Hay finalmente un Universo sagrado, que está en lo más íntimo de nosotros mismos, sobre el cual podemos rezar, como sobre el Universo sagrado que está contenido en el corazón de los demás.

Ustedes ven la vida con todas sus funciones económicas, políticas, y aún eclesiásticas; ustedes ven a los hombres cargados de responsabilidades, los ven llenos de talentos, expresándose con una magnífica inteligencia, y ustedes ven seres que tienen un poder enorme, como el Presidente de los Estados Unidos, que puede decidir, casi él solo, sobre la suerte de su inmensa nación. Y ¿qué es todo esto? Son funciones que desplazan cosas, que ponen en marcha mecanismos; todo esto no es nada, si no hay en el ser humano esta profundidad, si no existe este santuario interior, si no existe este espacio ilimitado, si no se encuentra este Tesoro, que se revela en esta clase de oración que el Hombre hace sobre sí mismo.

¡Sólo frente a mí mismo, yo no estoy solo! Todo el cielo está dentro de mi mismo, no puedo acercarme a mi mismo sino sobre la punta de los pies, como decía un poeta, precisamente porque no estoy solo.

Todo lo sagrado está dentro de nosotros, y la caridad fraterna se alimenta precisamente de lo sagrado: Hacer oración sobre la vida, hacer oración sobre los demás, es la manera más segura, sin violar su secreto, de respetar su vocación divina; y es el mejor medio, sin hacer nada sino existir en estado de genuflexión interior, de suscitar en ellos esta vida divina de la cual ellos son portadores, y que es su grandeza, y su alegría.

Es necesario finalmente que la oración llegue a este santuario que somos nosotros, para construir esta Iglesia viviente que tiene su centro más íntimo en nosotros mismos.

Es una sociedad - sacramento, es una sociedad que tiene su sede en la soledad de cada uno, y es en esta soledad que cada uno irradia sobre todo el Universo -porque tenemos todos las mismas raíces-, que nosotros nos tocamos todos en lo más íntimo de nosotros mismos, somos verdaderamente uno, en esta Presencia de Dios, de la cual nuestra vida surge y en quien ella permanece.

La unidad del género humano es rigurosamente personal; quiero decir que ella está centrada precisamente sobre esta respiración de Dios, que hace de nosotros, todos juntos, una sola persona en Jesús.

Nuestra oración pues, nuestra oración litúrgica, nuestra oración eucarística, desemboca al final sobre esta oración sobre la vida, en nosotros y en los demás.

Para hacernos sensibles a la experiencia de lo sagrado en lo más íntimo del hombre, Nietzche vituperó sin cesar contra el menosprecio de la vida que sería, según él, lo propio del cristianismo. ¡Es lo contrario! El Cristianismo identifica lo sagrado con la vida, todo el Más Allá está Adentro, y todas estas nociones de personalidad, de dignidad, de inmortalidad, están ligadas por una íntima circumincesión; sólo hay personalidad, dignidad, solo hay inmortalidad, porque precisamente, lo sagrado tiene finalmente su sede en lo más íntimo de nosotros.

Se trata pues de estar a la escucha de lo sagrado, en una oración que es una atención continua de amor a las profundidades divinas de la vida.

La gente habla, se expresa, actúa, toma decisiones, escribe libros, organiza congresos, todas cosas que tienen su valor y eventualmente su necesidad, pero al final todo esto no es más que un medio, con respecto a este fin que es el Reino de Dios en lo más profundo de nosotros mismos.

"«Actúa, decía magnificamente Kant, actúa de tal manera que trates siempre a la humanidad, en ti y en los demás, como un fin, y nunca como un medio».

Y el último fin está aquí, el último fin está en nosotros, y el juicio final también, porque el juicio final es esto, esta transformación del ser en sagrado.

Cuantas palabras, cuantos discursos, cuantas empresas vanas, toda esta

agitación bajo las apariencias de reforma, de renovación, de vuelta a las fuentes, todas estas contestaciones, ¡Cómo es vano todo esto! Si lo sagrado está realmente dentro de nosotros, el único testimonio que podemos rendirle, es precisamente vivirlo, establecer entre nosotros y el santuario que somos, esta distancia infinita, de respeto y veneración.

Entrar en nuestra alma como en el santuario de la divinidad, tratarnos a nosotros mismos como a la Iglesia viva, y dar este testimonio de que toda la vida en Dios se transfigura, se serena, se libera, se inmortaliza, que ya venció a la muerte, y que pertenece ya al mundo de la Resurrección. Porque hay una experiencia de la inmortalidad, precisamente en el corazón de la vida espiritual, que hace que la vida espiritual, la vida en el Espíritu, sea una vida que se dirige a sí misma.

Mientras el Hombre no llegó a ser el origen de sí mismo, mientras que no llegó a ser el creador de esta dimensión infinita, que le abre a Dios y lo enraíza en Dios, es llevado por fuerzas ciegas que están trabajando en el Universo, ¡Y no se dirige a sí mismo! Está pues entregado a la muerte, ya está muerto, o está aún muerto.

El Hombre que vive del Espíritu, el Hombre que vive de Dios, el Hombre que respira la Presencia única, escapa a estos determinismos; todas las fuerzas cósmicas que están en él se transfiguran, se ordenan: de tumultos que eran, vuelven a ser Música; y este Hombre no depende más del Universo, lo transfigura, lo ordena, coopera en su liberación, le comunica precisamente esta liberación interior en la cual se esfuerza, entra en fin en la huella del segundo Adán, que es el origen de una nueva Creación.

No se puede hablar de una manera eficaz, ni de personalidad, ni de dignidad, ni de responsabilidad, ni de inmortalidad, si no se ha entrado en esto sagrado ubicado en lo más íntimo de uno, si no se vive de él, si no se nos volvió justamente un universal. El único universal, es éste, una personalidad, quiero decir: es un ser humano que no está más limitado a sus determinismos cósmicos y que se convierte para los demás un fermento de liberación.

Y es bueno resaltar que esta vuelta a la vida interior, este descubrimiento de lo sagrado en lo más íntimo de nosotros, responde a presentimientos que están difusos en la humanidad. El sentido que los hombres siempre dieron a la veneración de los muertos, el rechazo de admitir que todo termine con el cadáver, esta espera de otra cosa, este vago sentido de la dignidad, esta aspiración hacia el amor, y aun estas canciones de amor que son a veces tan vulgares, tratan a pesar de todo de evocar un misterio, algo que puede hacernos sentir en el paraíso, algo que pueda ser una felicidad definitiva.

Hay en el Cristianismo un realismo infinito, precisamente, por todo lo que pasa aquí y ahora; es aquí y ahora que se sitúa la eternidad; es aquí y ahora, que Dios se encuentra y se revela; es aquí y ahora que la libertad se realiza en una elección original que hace de nosotros, en cierta manera, los creadores de nosotros mismos.

Hay una inmensa aventura en la cual Dios está empeñado, y con Dios, toda la Creación y todo el Universo, y que se cumple en lo más íntimo de nosotros mismos.

Es pues necesario que alimentemos en nosotros el sentido de la grandeza. Ser Hombre es algo prodigioso «¡Cuán hermosa es la humanidad!», decía Shakespeare; es necesario que tengamos este santo orgullo de nuestra vocación de Hombre, vocación revelada por Jesús que da la plena medida del Hombre, y que nos llama a crecer hasta su estatura.

Pues si es verdad que nuestra vida, es todo nuestro apostolado, si es nuestra vida que está bajo la misión de Jesús, y si tenemos que dar testimonio de Él sólo por medio de nuestra vida, entonces nada es más grande y no hay testimonio que pueda sobrepasar a éste.

Mantengamos en todo caso esta oración sobre la vida que es el alma de la caridad: mirar a los demás, con esta mirada que busca en ellos, con los ojos bajos, ciertamente, por el respeto y el amor, que busca en ellos ese infinito del cuál todos y cada uno son portadores.

Y, en todas nuestras relaciones humanas, dejar la posibilidad de este devenir, dejar abierto este espacio: que los otros sientan que nosotros no los limitamos y que los tratamos verdaderamente como los santuarios de la Divinidad.

Ah! ¡Cómo la Iglesia adquiere un sentido apasionante! Àpasionante cuando nosotros la vemos justamente en su dinamismo sacramental, en la transparencia de la Presencia de Jesús, cuando la vemos realizarse en estas piedras vivientes que somos nosotros, sabiendo que todo el resto, todo el simbolismo exterior no es exterior, precisamente porque está en relación con las capas más profundas de nuestro ser.

El mundo empieza, la Creación hace un nuevo arranque en cada latido de nuestro corazón; y es hoy el primer día, no estamos ligados por nuestro pasado, no tenemos que empujar la roca de Sísifo de una manera desesperada; sabemos que un solo movimiento de nuestro corazón nos vuelve a colocar frente al Dios Viviente, y que con Él, la vida es totalmente nueva, porque Él es, cadá vez que nos le acercamos, un nuevo nacimiento.

«Yo es un otro».

En efecto, ¡Que más seguro! «Yo es un otro».

Lo que hay de más íntimo, ¡Yo, yo!

Lo que hay de más «nosotros mismos», ¡Es Él!

¡No hay pues proximidad más radical sino ésta!

No podemos nunca ir hasta nosotros sin ir hasta Él, y nuestra vida, es una simbiosis, esta comunión permanente con Él.

Vale la pena meterse en esta aventura, y dar la vida para este testimonio, puesto que este testimonio, es vivir, y nada más.

«Yo es un otro» en quien tenemos las mismas raíces, y que nos permite juntar todo los vivientes y todos los muertos, todos los que están dentro de nosotros, o nosotros dentro de ellos mismos, lo que viene a ser lo mismo. Justamente porque hay un solo punto focal, este único punto alrededor del cual gravita esta circunferencia inmensa que abarca a toda la Historia y todo el Universo, pero en él todo es presente; todo es presente y todos los muros de separación se derrumban, y todas las ausencias están recuperadas; no hay más vivos y/o muertos, puesto que todos somos uno, en el Corazón de Dios que late en el nuestro.

* * *

Voy a terminar por una historia así como empecé por una. Les cuento la historia del gigante egoísta:

«Había una vez un gigante que vivía en un castillo de un tamaño proporcionado a su estatura, y alrededor del castillo había un parque proporcionado al tamaño del castillo. Y el gigante vivía solo en su castillo y en su parque. En una soledad gigantesca.

No pudiendo soportar más esta soledad, un buen día, se puso las botas de siete leguas y se fue a visitar a un cofrade en gigantismo, tan grande como él mismo, en pocas zancadas llegó y empezó a contarle sus penas.

Y como la confidencia de un gigante es gigantesca como él, esta confidencia duró siete años; durante siete años el gigante vertió en el corazón de su amigo, todas las penas de su corazón. Después de siete años terminó su confidencia, se puso las botas de siete leguas y, en pocas zancadas, volvió a su casa.

¡Pero siete años! Ustedes saben, como el tiempo de los chicos no tiene medida común con el nuestro, como vale diez veces más que el nuestro, y aún más, como pasa en un minuto entre ellos tantos acontecimientos como entre nosotros en una hora; los chicos habían ocupado los lugares, habían anidado en los árboles con los pájaros, se habían atrevido a penetrar en el castillo, a través de las brechas que se habían abierto en los muros.

Ahora bien, he aquí que el gigante, volviendo a su casa, ve a toda esta chiquillería. Toma un enorme rebenque, y ahuyenta a todos estos chicos de su dominio, repara las brechas de sus muros, arma letreros gigantes que amenazan con la pena de muerte a cualquiera que violara su clausura y se encierra en su castillo.

Y he aquí que encerrado en su castillo, se produce un invierno como nunca se vio en la memoria humana.

Caían montañas de nieve, el viento ululaba en los desvanes, la helada secaba las fuentes, y de noche los fantasmas se desencadenaban en los pasillos desiertos.

Y era diciembre, y era enero, y era febrero, y era marzo, siempre el mismo desamparo, caían montañas de nieve, la helada secaba las fuentes el

viento ululaba en los desvanes y de noche los fantasmas se desencadenaban en los pasillos desiertos.

El gigante se sorprendía, y se sorprendía aún más cuando-hasta en agosto y hasta en septiembre, en fin a todo lo largo del año el mismo espectáculo se presentó a su vista: caen montañas de nieve, la helada seca las fuentes, el viento ulula en los desvanes, y de noche, los fantasmas se desencadenan en los pasillos desiertos.

El gigante que era letrado, consultó a todos los libros mágicos grecolatinos de su biblioteca, y perdió en ellos al mismo tiempo su griego y su latín, porque ningún meteorólogo podía hacerle entender como, en pleno agosto, caían montañas de nieve, la helada secaba las fuentes, el viento ululaba en los desvanes, y los fantasmas se desencadenaban de noche en los pasillos desiertos.

Renunció a comprender, e hizo bien porque ese invierno duró siete años.

Durante siete años cayeron montañas de nieve, la helada secó las fuentes, el viento ululó en los desvanes, y los fantasmas se desencadénaron de noche en los pasillos desiertos.

Por fin, después de siete años, el gigante escuchó un canto de pájaro. Como hacía siete años que no escuchaba un canto de pájaro, se precipitó a la ventana y miró. Y he aquí, en el parque, en los árboles en flor, los niños anidaban con los pájaros.

El gigante miró, y vio al final del parque, un árbol que no había florecido aún, y un muchacho que estiraba sus brazos para subir a las ramas, y que era muy pequeño para alcanzarlas.

Entonces todas las escarchas de su corazón se derritieron, y una bondad totalmente nueva nació en él, y quiso prodigarse en seguida.

¿Sobre quién prodigarse sino sobre este niño, que deseaba subir a las ramas y que era muy pequeño?

Entonces, con grandes zancadas, el gigante llegó al fondo del parque. Viéndolo los chicos espantados bajaron de las ramas y alcanzaron las brechas hospitalarias para huir de la cólera del gigante.

Y en seguida en el parque los árboles cesaron de florecer, el pasto de verdecer, y los pájaros de cantar.

Y el gigante no veía nada, nada, solo el niño pequeño que quería alcanzar. De hecho lo alcanzó, lo tomó en sus brazos, lo levantó colocándolo en el árbol, y en seguida el árbol floreció, el pasto reverdeció, y los pájaros cantaron.

Cuando lo vieron los chicos que miraban desde las brechas lo que ocurría, entendiendo que el gigante se había amansado volvieron a sus ramas, y en todo el parque los árboles florecieron, el pasto reverdeció y los pájaros cantaron.

En cuanto al niño colocado por el gigante en el árbol: sonrió, se tiró en sus brazos y lo abrazó.

El gigante, perdido por la emoción, dejó correr sus lágrimas y dijo al niño pequeño: «En adelante, este parque será tuyo y de tus pequeños compañeros, y mi alegría será la alegría de Ustedes. Les enseñaré mil astucias para descubrir los secretos de la naturaleza; y siempre seré el compañero de sus juegos». Y desde entonces, toda la vida del gigante fue radicalmente transformada, desde que esta joven bondad había nacido en su corazón y se prodigaba sobre todos estos chicos.

Él entraba en una era de felicidad que hubiera sido totalmente perfecta si no hubiera tenido una pequeña sombrita, es que el niño que había elevado en las ramas nunca volvió.

Y la vida pasó, la vida en compañía de los chicos, y el gigante, de hecho, les enseñaba mil astucias para descubrir los secretos de la naturaleza y sus alegrías eran su alegría. Y finalmente se puso viejo, muy viejo para asociarse a sus juegos; se contentaba, sentado en un sillón, con regocijarse con sus diversiones.

En fin se volvió tan viejo, tan viejo que apenas podía sostenerse. Y llegó un invierno apacible donde la nieve cubrió el suelo esperando las promesas de la primavera, y precisamente era la vigilia de Navidad.

Durante esta vigilia, el gigante no pudiendo dormir pensaba, repasaba toda su vida y esperaba el alba..., esperaba el alba..., cuando de repente, al rayar el alba escuchó un canto de pájaro.

Entonces tuvo un presentimiento, se levantó, se arrastró hasta su ventana, la abrió, miró, y, en el fondo del parque bajo un árbol recién florecido, vio un niño. Entonces su corazón latió: jes él! jes él! jes él! jsin ninguna duda!.

Juntó todas sus fuerzas, se arrastró hasta el extremo del parque lleno de nieve, y acercándose al niño, vio que estaba herido. Entonces montó en cólera: «¡Pero, dime, quién es el cobarde, dime, dime quién te hirió, y tomaré mi gran espada para vengar esta cobardía!».

No sabía que a su gran espada, no hubiera tenido la fuerza para levantarla; era su corazón que hablaba de la abundancia de su ternura.

Entonces, el niño lo miró sonriendo, y estaba efectivamente herido en los pies, en las manos y en el costado; el niño lo miró sonriendo y le dijo: «¡Son las heridas del Amor, sólo el Amor puede curarlas!»

«¡Son las heridas del Amor, sólo el Amor puede curarlas! Te acuerdas, ¡hace tantos años que viene aquí! al pie de este árbol; me subiste en sus ramas, me lancé en tus brazos, te di un beso, me diste tu parque, tu castillo, y sé que me diste tu corazón, porque nunca has cesado de esperarme. Y yo tampoco, nunca cesé de esperarte, y vine porque es Navidad para llevarte conmigo ¡al parque de la eterna alegría y de la eterna juventud!»»¹6.

¹⁶ De un cuento de Oscar Wilde.